

LA GATA ALPARGATA

Por Joaquín Sanjuán

www.grimnir.es

Aquellos que lleváis un tiempo siguiéndome y que conocíais mi antiguo blog, ahora desaparecido, recordaréis los breves relatos que escribí con La Gata Alpargata como protagonista. Estos relatos se convirtieron en uno de los contenidos más leídos de dicho blog, y durante un tiempo publicaba de forma regular esos breves textos en clave de humor, textos que siempre eran muy bien recibidos entre los lectores de la página. ¡Incluso participé con uno de esos relatos en la antología literaria **Mayores sin complejos**, un libro benéfico que editó y distribuyó el grupo **Generación Bibliocafé** de Valencia, y cuyos beneficios fueron destinados a ayudar a la tercera edad.

Han pasado años desde todo aquello, y en particular son seis los transcurridos desde la publicación de la ya descatalogada antología benéfica. Así que ha llegado la hora de rescatar todos aquellos textos para ofrecerlos en esta nueva página, a fin de que todos aquellos que hayan empezado a seguirme desde entonces tengan oportunidad de leer los relatos que tanto gustaron en aquel momento. ¡Y también para que puedan volver a leerlos quienes entonces los seguían semana a semana!

A continuación os dejo uno de los relatos, en concreto el que formó parte de la antología benéfica **Mayores sin complejos**. Respecto a los demás relatos, podréis encontrarlos en un pdf descargable al final de esta misma entrada. ¡Por cierto! Encontraréis que algunos momentos del relato aquí incluido aparecen también en alguno de los otros relatos. Eso se debe simplemente a que, de cara a escribir el texto que participaría en la antología, quise incluir en él algunos de los

gags que más gustaron a los lectores de los relatos originales.

¡Solo espero que disfrutéis de ellos tanto como en su momento disfrutaron los lectores de entonces!

P.D. Sí, La Gata Alpargata es real. Pero no es como en los relatos, faltaría más. Es peor.

JOAQUÍN SANJUÁN

www.grimnir.es

La Gata Alpargata

Hola, humanos. Mi nombre es Alpargata, aunque me llaman Gata para abreviar, y soy una increíblemente adorable gata negra. Mi humano es de esos extraños especímenes que se dedican a escribir y tienen la casa llena de cosas de papel que son muy entretenidas de morder, como libros o cuadernos.

Pues bien, estoy aquí para contaros una historia, una sobre mi terrible archienemiga. Que no os extrañe que siendo un gato escriba historias. ¿Nadie se ha dado cuenta hasta ahora del gran número de escritores que tienen gato? ¿De verdad os pensabais que era solo casualidad? No, amigos, no. Nos tienen porque la mitad de las veces somos nosotros los que hacemos el trabajo. En serio. Aunque he dejado que mi humano me ayude, le gusta sentirse útil y yo soy así de generosa.

A lo que iba: mi archienemiga. Os hablo de la abuela de mi humano o, como yo la llamo, La Abuela. Ya sé, ya sé. ¿Cómo puede una adorable ancianita causarme terror? He de admitir que hasta a mí me resulta algo raro a veces. Recuerdo como si fuese ayer mismo el día en que la conocí: ella estaba sentada en una silla, con su aspecto de abuelita encantadora, cosiendo unas cortinas que precisamente se me habían roto a mí (nunca entenderé por qué los humanos las hacen tan frágiles, luego se me rompen en nada jugando a trepar), cuando yo, repleta de curiosidad por ese nuevo humano que había invadido mi hogar, entré en la habitación. Confiada en mi particular encanto y patentada monería, que suele causar furor entre las hembras humanas, me acerqué a ella y comencé a restregarme en sus piernas para marcar mi territorio. Sin embargo en lugar de articular los habituales “aaaaaah”, “ooooh”, “huyyyyy” y otros alardes de expresividad y vocabulario humano, como suele ser lo normal, me lanzó una mirada indiferente y dijo: “¿Sabes, gatito? En la postguerra comía bichos como tú”. Y claro, me entraron los sudores fríos. Fue entonces cuando le declaré la

guerra.

Debéis saber que los felinos somos los más eficientes depredadores del mundo y como tales tenemos un proceso muy específico que seguimos ante cualquier presa. Así que, ni corta ni perezosa, lo puse en práctica con la propia Abuela, deseando vengarme de ella por sus terribles palabras.

La primera fase es la de acecho y observación. Veréis, si queréis ser capaces derrotar a un enemigo, a cualquier enemigo, es importante conocerlo bien y saber de qué es capaz. Así pues dediqué una larga hora a perseguir a la Abuela por toda la casa, siempre lo suficientemente lejos para poder escapar de la zapatilla pero lo bastante cerca para no perderme ni uno solo de sus movimientos. Fui testigo de cómo la afanosa mujer, aprovechando la ausencia de mi humano, iba de habitación en habitación trajinando, ordenando algo por aquí o pasando un trapo por allá. Digo que aprovechaba la ausencia de mi humano porque este nunca le deja hacer esas cosas, es un poco egoísta y prefiere hacerlo él, aunque deja que yo le ayude. Pero eso es un tema para otro día. El caso es que era tanto el entusiasmo de la mujer que acabó incomodándome, no os digo mas. Ya sabréis que dicen que los gatos somos una de las criaturas más limpias del mundo, pero os juro que viendo trabajar a La Abuela me sentí sucia, muy sucia. Tanto que acabé por irme a un rincón a lavarme yo sola, no fuese a fijarse en mí también y me pusiera a remojo.

El segundo y fundamental paso es intimidar. Intimidar a un enemigo consiste en hacer que su corazón se llene de pavor ante tu mera presencia, que sepa que le has elegido como presa y comprenda que en cualquier momento caerás sobre él con todo tu poder, ferocidad y monería. De esta manera tu presa vive con miedo y cuando finalmente comienzas el ataque ya partes con ventaja, pues ha aceptado que va a ser cazada. El único problema es que La Abuela decidió que era un buen momento para fregar la casa. Todavía no consigo recordar bien

lo que pasó, pero el caso es que cuando quise darme cuenta estaba subida en lo alto de la lámpara del salón, bien agarrada y observando con fingida indiferencia a la hacendosa mujer, quien de tanto en tanto me lanzaba divertidas miradas y me explicaba con todo lujo de detalles nada agradables lo que me haría si me atrevía a pisarle lo fregado. El lado bueno fue que gracias a eso descubrí que la lámpara no es un mal sitio para echar una siesta. Cuando bajé de allí, un par de horas más tarde, me di cuenta de algo: la segunda fase había sido un absoluto fracaso. ¿Estaba acaso condenada a ser derrotada por La Abuela?

No me rendí a pesar de las dificultades y decidí emprender la tercera y última fase: era el momento de iniciar la cacería.

Dicen de los gatos que tenemos una gran paciencia, y es totalmente cierto. Tardé mucho en encontrar el momento adecuado para atacar, pues sabía que no podía permitirme ningún otro error, por pequeño que fuese, o fracasaría. El momento elegido fue en el que vi que se encontraba más indefensa y vulnerable: cuando estaba viendo lo que ella llama telenovela, cómodamente sentada en mi sitio del sofá. ¡En mi sitio! Era el desafío final y tenía que hacerle entender a La Abuela quién mandaba allí, así que me puse manos a la obra y me deslicé despacio y en silencio por todo el salón, moviéndome siempre por las sombras y utilizando sofás, sillas y mesas como cobertura hasta que conseguí acercarme lo suficiente. Entonces me agaché, saqué culo, me preparé... ¡y salté sobre las piernas de La Abuela! He usado ese mismo truco cientos, puede que miles de veces, y todas y cada una de ellas he obtenido un grito asustado de la presa, en ocasiones acompañado por un saltito de lo más gracioso. La Abuela, en cambio, se limitó a bajar la mirada mientras yo roía su pierna entusiasmada y, como si no sintiese dolor alguno, sonrió mientras se quitaba la zapatilla muy despacito.

Al final la telenovela no estaba mal. Lo sé porque la vi

desde lo alto de la lámpara, donde regresé para escapar de La Abuela y su zapatilla. Estuve otro par de horas allí subida y aunque de tanto en tanto lanzaba miradas a mi enemiga para ver si estaba distraída y podía huir, ella de alguna manera lo sabía y cogía de nuevo la zapatilla, convenciéndome con el mero gesto de que allí arriba estaba estupendamente.

El resto de la tarde volví a la primera fase, la de observación, pues comprendí que había muchas cosas que todavía no entendía sobre La Abuela. Todo iba bien hasta que la encontré sentada en una silla junto a la ventana, mirando hacia el cielo con ojos tristes. Me acerqué a ella, pero en esa ocasión no hizo amago alguno de intentar quitarse la zapatilla, por lo que supe que algo le pasaba. Como no sabía qué otra cosa hacer me subí en su regazo de un salto y me acomodé sobre sus piernas, ronroneando. Aunque al principio se sorprendió no tardó en empezar a acariciarme, y allí nos quedamos, reconfortándonos el uno al otro después de todas esas aventuras. Ya habría tiempo al día siguiente para volver a perseguirnos.

¿El gato del escritor o el escritor del gato?

Hola, humanos. Mi nombre es Alpargata, aunque me llaman Gata, y soy una gata negra de dos años. Mi humano es de esos raros especímenes que se dedican a escribir, no entiendo con qué finalidad, y tiene la casa llena de cosas de papel que son muy entretenidas de morder, como libros o cómics.

He dedicado mis dos años de vida a observar a mi humano, hasta el punto de conseguir aprenderme sus hábitos y la mejor manera de divertirme gracias a ellos. Por ejemplo, la mayoría de las mañanas acostumbra a prepararse un cacao caliente y sentarse ante el ordenador a escribir, donde es capaz de pasar horas y horas. Como me da un poco de pena verlo así, pues eso tiene que ser muy aburrido, corro a sentarme delante de su ordenador y le muerdo la nariz. O le llevo la pelota para que se entreteenga jugando, pero es tan tonto que la lanza lejos, y ahí se queda. A veces pruebo su leche con cacao para asegurarme de que está buena, porque al fin y al cabo es mi humano y soy responsable de él, pero tengo que procurar que no me vea, porque sino se enfada y ya no se la bebe. Es muy egoísta, y no le gusta que beba ni que coma de sus recipientes, pero claro, eso no me detiene: alguien tiene que velar por él y vigilar su alimentación.

Es un poco gritón, pero tiene muchos detalles commigo. Por ejemplo, siempre pone papeles con dibujos pegados a las paredes, para que yo pueda jugar a saltar y arrancarlos. ¡Es muy divertido! Además, cuando los quitó no tarda mucho en reemplazarlos por otros, aunque a veces grita un poco antes, yo creo que porque quería arrancarlo él. Eso sí, tengo que enseñarle a colocarlos mejor, porque cada vez los pone más alto, y a veces me cuesta un poco alcanzarlos.

Bueno, os dejo. Mi humano acaba de tumbarse en la cama con uno de sus libros, y ya sabéis lo que eso significa:

¡toca jugar a saltar sobre su barriga!

Alpargata y la mosca

Hoy estoy muy enfadada con mi humano. Si no fuese porque ya lo tengo medio entrenado, y porque le he cogido algo de cariño con el tiempo, me plantearía regalarlo. ¿Que a qué se debe mi enfado? Os lo cuento. Esta mañana, después de que mi humano se sentase delante del ordenador a aporrearlo con a torpeza propia de su especie, y mientras me encontraba yo tumbada tomando el sol que entraba por la ventana, se ha colado un moscardón tan gordo, tan gordo que no podía dejar de mirarlo ni aunque hubiese querido (que no era el caso). Así que me he levantado de un salto para cumplir con mi obligación, y es que como dueña de la casa es mi responsabilidad mantener esta a salvo de cualquiera que entre en mi territorio, así como proteger a mi humano de otros animales, como esta mosca. O dinosaurios, si los hubiera.

El caso es que he empezado a perseguirla corriendo por todo el salón, y de tanto en tanto saltaba para intentar atraparla, pero la muy puñetera se me escapaba una y otra vez. En un momento en que se ha posado sobre el sofá me he escondido detrás de una silla para vigilarla, y cuando estaba mirando para otra parte he echado a correr, he saltado sobre los hombros de mi humano para tomar impulso... y este se ha levantado gritándose y me ha tirado de vuelta al suelo. Claro, la mosca ha escapado.

En otra ocasión se ha detenido en lo alto de una cortina, y después de coger carrerilla he saltado para engancharme lo más alto posible y trepar hasta ella, pero cuando mi tonto humano me ha visto ha lanzado su zapatilla, seguramente para jugar conmigo como hace con la pelota, pero lo ha hecho con tan mala puntería que casi me da. ¡Y encima se ha enfadado!

Después de eso, como ya había perdido de vista a la mosca, y aprovechando que mi humano se había marchado a ese cajón de arena tan raro que usa él, he tomado un poco de su

leche con cacao y sin querer he volcado la taza; después me he sentado sobre su ordenador, que estaba calentito. Pero antes de que volviese he vuelto a ver a la mosca, reposando sobre uno de esos cómics que tanto le gustan a mi humano, y me ha preocupado que lo estropease. ¡Así que he echado a correr y he saltado sobre ella, pero por un error de cálculo tanto el cómic como yo hemos acabado sobre la leche derramada! Sin embargo ha valido la pena, porque allí estaba mi trofeo: la mosca no había escapado de mi letal zarpazo. Más que satisfecha he recogido el cadáver y, en un alarde de generosidad, lo he dejado junto al ordenador de mi humano, cerquita del charco de leche con cacao sobre el que reposaba el cómic, intacto gracias a mí. Después, con el orgullo de haber cumplido mi deber para con mi hogar y mi humano, me he ido a dormir a la cama que comparto con él. ¡Pero no me ha dejado! Desde debajo de las sábanas he estado un buen raro oyendo los gritos y las maldiciones de mi humano, que daba tumbos por toda la casa llamándome a voces, seguramente para agradecerme que le haya protegido del intruso. Pero no me apetecía salir, y además esas no son formas de dar las gracias.

Un día de estos lo llevo a castrar, está decidido. A ver si así se suaviza su carácter.

La Gata Alpargata y La Abuela de la alpargata

He de confesar una cosa, humanos: hasta yo, en toda mi magnificencia y *extraordinariedad* (tengo que acordarme de apuntar esta palabra en el diccionario de mi humano, para que la use en sus novelas), tengo miedo de algunas cosas. En concreto, lo que más me aterra de este mundo es la abuela de mi humano. Lo digo muy en serio.

Ya sé, ya sé. ¿Cómo puede una adorable ancianita causar terror y pavor? He de admitir que hasta a mí me resulta algo raro a veces. Recuerdo como si fuese ayer mismo el día en que conocí a la buena mujer: ella estaba sentada en una silla, con su aspecto de abuelita encantadora, cosiendo unas cortinas que precisamente se me habían roto a mí (nunca entenderé por qué los humanos las hacen tan frágiles, así se me rompen en nada jugando), cuando yo entré en la habitación repleta de curiosidad por ese nuevo humano que había invadido mi hogar. Confiada en mi particular encanto y patentada monería, que suele causar furor entre las hembras humanas, me acerqué a ella y comencé a restregarme en sus piernas para marcar mi territorio. Sin embargo, en lugar de articular los habituales “awwww”, “ooooh”, “huyyyyy” y otros alardes de expresividad y vocabulario humano, como suele ser lo normal, me lanzó una mirada indiferente y dijo: “¿Sabes, gatito? En la posguerra comía bichos como tú”. Y claro, me entraron los sudores fríos.

Algunos inconscientes pueden suponer que, precisamente por ser una humana anciana y moverse despacito, no debería de ser un enemigo muy peligroso. A esos insensatos les diré que la abuela tiene unos artilugios a los que ella denomina alpargatas (debí registrar el nombre) y que utiliza como armas arrojadizas, con un acierto tal que nunca creí posible después de ver los lanzamientos de mi humano, que hace que la mejor defensa para evitar el zapatillazo sea no moverse del sitio, pues nunca

acierta. Pero todavía no hay más: en ocasiones trato de acecharla para estudiar su comportamiento y encontrar una manera de derrotarla, pero la abuela parece capaz de sentir mi presencia sin necesidad de levantar la mirada de las cortinas, casi como si pudiese olerme. Nunca me había pasado con mi humano, me pregunto por qué será.

La abuela es capaz de perseguirme por toda la casa, alpargata en mano (no, yo no, la otra alpargata), hasta que consigue acorralarme y dejarme encerrada a traición. No hay techo de armario ni fondo de cama ni nada que me permita escapar de ella, pues no descansa hasta encontrarme. De esta manera, humanos, fue como perdí la ocasión de jugar con las cortinas mientras ella las cosía y colocaba de nuevo en su sitio. ¡Parecía obsesionada conmigo! Lo que no entiendo es por qué estaré así de enfadada, si yo no le he hecho nada. No porque no haya querido, sino porque todavía no he encontrado la forma ni la ocasión.

Así pues, contra un enemigo inmune a mi monería, del que no puedo esconderme y que posee armas arrojadizas capaces de golpearme pese a mi agilidad y velocidad, ¿qué me queda? ¡Me siento indefensa! Además, como me descuide se me come. ¡La Abuela es el depredador definitivo!

Alpargata y la hora de la siesta

Mi humano tiene una mala costumbre que no consigo quitarle: siempre que puede aprovecha para dormir un rato después de comer. Él lo llama “siesta”, yo “comportarse como un gato”. Porque, seamos sinceros, todo eso de dormir fuera de horario lo inventó mi raza hace mucho, mucho tiempo. Antes incluso de que los egipcios nos adorasen casi como a dioses (costumbre que, en mi opinión, no debería haberse perdido).

A lo que iba. Cuando termina de llenarse la barriga, mi humano se mete un rato en la cama, aunque esté ocupada. ¿Os lo podéis creer? ¡Me echa para poder acostarse él! ¿Pero cómo se puede ser tan egoísta? Durante estas últimas semanas he estado probando una estrategia de choque para tratar de quitarle esa mala costumbre (no la siesta, que conste que yo le dejo una esquinita siempre que quiere dormir; es eso de echarme de la cama para acostarse él, algo que nunca hago yo por mucho que se lo merezca).

Lo primero que hago cuando me echa es esperar a que se acueste, y luego me siento sobre el teclado del portátil que descansa sobre su escritorio y observo a mi humano con atención, hasta que empieza a dormirse. Solo entonces comienzo a arañar el ordenador, y lo hago con tanto entusiasmo que consigo despertarlo y se levanta corriendo para echarme. Claro que jamás consigue atraparme, ¿qué esperabais?

El siguiente paso es aguardar a que vuelva a acostarse, y cuando lo hace regreso en silencio a la habitación, subo al sitio más alto que me sea posible sin hacer ruido... ¡y salto sobre su estómago! Después echo a correr otra vez, claro, que hay que ver qué poco sentido del humor tiene.

El tercer paso, cuando se vuelve a acostar sin dejar de refunfuñar y de quejarse (propio de los humanos), es subirme a la cama, sentarme junto a la almohada en silencio... y morderle la nariz. Y claro, después toca correr... una vez más. No diréis

que no hago ejercicio.

La verdad es que esto es mucho más divertido que dormir, pero, justo cuando empiezo a pasarlo en grande, ¿sabéis qué hace mi humano? Se levanta, me lanza un par de miradas iracundas (como si yo tuviese la culpa de que no pueda conciliar el sueño, qué desfachatez) ¡y se pone a escribir en el ordenador de nuevo! Con lo que yo me esfuerzo para convertir esa hora de la siesta en la hora de los juegos, y mirad cómo me lo agradece.

Cuando llega ese momento procuro no acercarme mucho a él, porque por lo general se encuentra en un estado de ánimo bastante inestable y lleno de nervios, quizás por haber estado jugando conmigo en lugar de dormir la siesta, y me meto entre las sábanas, de donde él nunca debió echarme. Como estoy tan cansada después de tanto correr de arriba para abajo escapando de mi humano, no tardo en dormirme de nuevo.

¿Qué queréis que os diga? Es un caso perdido. ¡Que se busque otro sitio para dormir, bastante que le dejo un trozo de la cama por la noche! O, si me despierta, al menos que se responsabilice de ello y juegue conmigo, ¿no os parece?

Alpargata y la hora de la comida

Mi humano ha vuelto a hacerlo: se ha puesto a comer sin acordarse de servirme antes a mí, como debería hacer. Un día de estos voy a tomar serias represalias, lo prometo. Y los gatos no prometemos en balde.

¿Cómo podéis ser tan desconsiderados los humanos? ¡Con lo que yo me sacrifico por él! Siempre que se prepara la comida estoy pendiente de todo lo que hace (y lo más cerca posible, porque, aunque él se empeña en apartarme, yo siempre vuelvo), tanto que en el momento en que se despista aprovecho para probar la comida, que los humanos son tan tontos que a veces no se dan cuenta de que un alimento está en mal estado hasta que empieza a dolerles la tripa. Pero eso sí, solo pruebo las carnes, los pescados, la leche calentita y alguna que otra chuchería ocasional, como la mermelada de fresa. A veces mordisqueo algo de pasta o arroz, pero lo hago a desgana y a regañadientes, que conste. Por supuesto todo lo relacionado con verduras ni lo huelo. ¡Que se hubiese buscado un conejo!

A lo que iba. Mientras él se prepara la comida, yo me desvivo para asegurarme de que no come nada en mal estado, ¡y todavía se enfada! ¿Sabéis que, por si fuera poco, casi nunca me da parte de su comida? Aunque he encontrado una táctica que me funciona bastante bien: es suficiente con mirarle mientras come para que empiece a incomodarse, y finalmente acabe dándome alguna cosa.

Pero no os vayáis a pensar que es lo único que hago por él, ¡qué va! También intento alimentarle de manera adecuada, llevándole algún que otro insecto ocasional cuando, antes de comérmelo, me acuerdo de que él, pobrecito, nunca come nada recién matado. ¿Y sabéis qué hace? ¡Refunfuña y lo tira a la basura! ¡Lo tira! ¿Os lo podéis creer?

Aunque hay algo que me indigna todavía más que el hecho de que no comparta conmigo toda su comida, o que

rechace los sabrosos regalos que le hago: es el hecho de que no entiende la jerarquía a la hora de comer. Veréis, los felinos hacemos esto de forma muy sencilla: primero comen los líderes de la manada, y después los demás. ¡Y está claro que yo soy la líder aquí! Su obligación, por tanto, es alimentarme a mí en primer lugar y después, solo cuando yo haya terminado de comer, hacerlo él.

En fin, no importa. Voy a ver qué hace, que ya empiezo a escucharlo trajinando por la cocina. Con un poco de suerte hoy tocará ensalada de atún para comer, solo espero que no se olvide de ponerme también mi propia comida. Me gusta el atún como al que más, pero siempre que tenga mi plato de comida lleno. ¡Me gusta verlo lleno! Costumbres de gatos, ya sabéis.

Por cierto, y hablando de costumbres, la próxima semana os hablaré de un fenómeno, una costumbre humana si queréis llamarlo así, que me entusiasma: ¡la Navidad, la fiesta de los gatos! ¿Queréis saber por qué de los gatos? ¡Pues esperad al día diecinueve!

La Gata Alpargata y la Navidad

Tal y como os comenté la semana pasada, humanos, lo que vosotros conocéis como Navidad es, en realidad, la fiesta de los gatos. Sí, sí, ya sé que habéis vivido siempre convencidos de que se trata de una festividad religiosa y familiar, algunos dicen que comercial, ¿pero quién pensáis que os ha convencido de todo ello? Pues nosotros, naturalmente. Ahora puede resultaros confuso, por algo sois humanos, pero tranquilos que os lo explico.

En primer lugar, ¿qué es lo más característico de estas fiestas? Algunos dirán que los villancicos, otros que la nieve, algunos hablarán de los regalos o de la familia... pero siempre habrá una cosa en la que todos coincidirán: las comilonas. ¿Y qué es más propio de un gato que comer hasta quedarse panza arriba, tirado como un trapo? Pues eso. Además, entre las comidas más típicas de Navidad está el marisco. ¡Marisco! ¿No os he dicho nunca que los gatos amamos el marisco sobre todas las cosas? Mi humano, sin ir más lejos, ha estado cerca de perder la vida cuando ha habido gambas de por medio, y es que con eso no se juega. Claro que también abunda la carne, ¿y quién pensáis que se beneficia de todo eso? ¿Quién pensáis que devora con los trozos de carne sin comer y las cabezas de gambas sin sorber, normalmente mientras dormís la borrachera de después de la fiesta? ¡Los gatos! Era la única forma que se les ocurrió a mis ancestros de que nos alimentaseis con comida de la mejor calidad, panda de egoístas. Que si no es por la Navidad, los gatos de ahora no sabríamos ni a qué saben las gambas.

Pero eso no es todo, que nosotros los gatos no solo pensamos en comer. En serio. También pensamos en jugar. Y en dormir, pero eso es tema para otra semana. Pues bien, os voy a desvelar un secreto que jamás habréis sido capaces de imaginar por vosotros mismos: la tradición de hacer regalos en

Navidad la inventamos los gatos hace más de dos mil años. ¡Está todo planeado! Gracias a eso cada año para navidades recibimos montones de cajas de cartón, papel de colores y, a veces, trocitos de corcho. Que sí, que para conseguir engañarlos tenemos que dejar que os quedéis las tonterías que suelen ir dentro de esas cajas, pero el caso es que os engañamos como a perros. Digo que como a perros porque no hay ningún animal en el mundo más fácil de engañar que un perro, pero eso de los perros también es tema para otra semana, como lo de dormir. Incluso puedo hablaros de lo divertido que es molestar a un perro mientras está durmiendo, que así toco los dos temas al mismo tiempo y eso que me ahorro. ¿Estoy divagando? Odio cuando divago y nadie me lo dice, aunque entiendo que mi sabiduría gatuna os pueda resultar apasionante incluso en las divagaciones.

A lo que iba. Ahora ya sabéis por qué la Navidad es la fiesta de los gatos, y naturalmente que podéis agradecérmelo como es debido. Es más, deberíais hacerlo. Mi humano recibirá en mi nombre los platos de gambas y salmón que enviéis (tendré que dejar que lo pruebe, qué le vamos a hacer), y también las cajas con papeles bonitos (pero no os olvidéis de meter dentro algo para mi humano, o empezará a sospechar y todo nuestro plan maestro se vendrá abajo).

¡Feliz navidad a todos, y llenad de gambas los platos de vuestros gatos!

Alpargata y los humanos

¿Me habéis echado de menos? Sí, sí, ya sé que hace varias semanas que no tenéis noticias mías, y que estabais terriblemente preocupados y compungidos por mi ausencia, que no podéis vivir sin mí y todo eso, pero enteraos de una cosa: los gatos hacemos acto de presencia cuando queremos, y no movidos por los caprichos de vulgares humanos. Si eso es lo que queríais, buscaos un perro. He dicho.

Aclarado esto, hoy voy a hablaros de un tema que pese a que me resulta aburrido y banal antes o después tenía que tocarlo: los humanos, entre los que os encontráis.

Veréis, según mi experiencia hay cinco tipos de humanos. O al menos son los que yo he conocido, pero sospecho que no sois una especie con mucha variedad precisamente. Al contrario que nosotros los felinos, naturalmente. Pero vamos al tema.

El primer tipo de humanos son las mujeres. Lo pongo como el primero porque para nosotros los gatos son seres fáciles de manipular y manejar a nuestro antojo, pues la reacción que tienen en nuestra presencia va desde el “aaaaaaaw” al “ooooyyyyy” y otros grititos horteras que, según he aprendido a interpretar, significan algo similar a “oh, poderoso felino, te adoro y quiero ser tu esclava”. Conseguir que una hembra humana nos haga mimos, nos rasque, juegue con nosotros o nos dé todo tipo de caprichos es más fácil que cazar un ratón cojo, y nos aprovechamos de ello. El único inconveniente es que no saben cuándo parar, y de tanto que quieren adorarnos llegan a resultar cargantes. Así que normalmente huyo de ellas, o les muerdo, o ambas cosas. Cuando quiera que me sirvan ya se lo haré saber a mi manera, pero que no me agobien.

El segundo tipo son los hombres. Curiosamente la situación es la opuesta a la de las mujeres, ya que ellos por

regla general no nos hacen demasiado caso, por lo que resulta más complicado conseguir su atención y sus servicios, pero todo es cuestión de paciencia y de saber enseñarles correctamente. Esto tiene su lado positivo, y es que si bien tenemos que acabar dando esquinazo a las mujeres porque nos agobian, con ellos hacemos lo opuesto: nos dedicamos a acecharles, a perseguirles y a observarles con detenimiento, solo para apartarnos triunfantes cuando conseguimos llamar su atención e intentan acercarse a nosotros y acariciarnos. Para que quede claro: no lo hacemos porque queramos nada de ellos, sino porque como gatos que somos es de justicia que seamos el centro de atención desde el mismo momento en que alguien entra en nuestro territorio.

El tercer tipo son los niños, a los que en el futuro dedicaré una entrada, porque son para echarles de comer aparte. Lo único más terrorífico que los niños es La Abuela, y lo único más terrorífico que La Abuela es La Abuela acompañada de un niño. Qué pesadilla.

El cuarto tipo son las mascotas, nuestros propios humanos. Algunos son más difíciles de enseñar que otros, pero personalmente al mío lo tengo bastante bien adiestrado. A veces juego con él a la pelota y todo, para que vea que le presto algo de atención y así se distraiga un poco. Que hay que cuidarlo, o a ver quién va a servirme la comida y a limpiar mi cajón de arena.

El quinto tipo es La Abuela, naturalmente. El otro día vino de visita y conseguí subirme a un armario al que hasta entonces no alcanzaba, no os digo más.

¡Eh! ¡Hora de la tercera siesta! ¡Nos vemos la semana que viene! (o no...).

La Gata Alpargata se va de finde

Como ya sabéis vivo en un piso de Valencia que comparto a regañadientes con mi humano, y solamente porque me sirve bien. Sin embargo en algunas ocasiones me llevan fuera, casi siempre contra mi voluntad, y después de un par de días me devuelven a mi casa, normalmente también contra mi voluntad. Hace poco tuve una de esas escapadas, y he pensado en compartir dichas vivencias con vosotros.

Lo primero que debéis de saber del sitio al que me llevan algunos fines de semana es que es al aire libre, algo que mi humano y su familia llaman “chalet”. Claro, acostumbrada como estoy a mi casa, con su principio y su final, la primera vez que me soltaron allí casi me da algo: ¡eché a correr y aquello no se acababa, no aparecía ninguna pared delante de mí! Y claro, corrí y corrí... y corrí...y corrí...hasta que me cansé, y decidí pararme a dormir un rato tumbada al sol. Fue entonces cuando mi humano, que había venido corriendo detrás de mí, me cogió del pescuezo y me llevó de vuelta hasta el chalet mientras resoplaba como una locomotora y refunfuñaba en voz baja. Si es que luego me quejo de él, pero en el fondo es de lo más atento. ¡Así no tuve que hacer otra vez todo el camino, con lo cansada que estaba!

Otra cosa que tiene ese sitio es que, también a diferencia del piso, tengo competencia. Hay dos perros grandotes y bastante tontos que vienen a buscarme para jugar, pero no les hago mucho caso. No me mezclo con especies inferiores, se siente. Bueno, excepto con los humanos. Además son tan tontos tan tontos, que cuando mi humano o su familia llaman a uno de ellos van los dos. Cuando los humanos se llaman entre ellos, van los dos. Cuando los humanos gritan cualquier cosa, van los dos. Cuando los humanos me llaman a mí, van los dos. Aquí la que no voy soy yo, faltaría más. Si quieren algo que se muevan ellos, a ver qué se han pensado.

Pese a que los perros me resultan bastante bobos, hay otros animales allí a los que he aprendido a respetar: las gallinas. Reíros, reíros, pero el primer día intenté cazar a una y casi me muelen a picotazos las muy salvajes. Desde entonces solo las tolero de dos maneras: desde el otro lado de un corral, o cocinadas. Que dicho sea de paso están bastante ricas.

Eso sí, lo que menos me gusta de mis escapadas de finde es encontrarme con la madre de mi humano. Debe ser cuestión de genes porque, cómo no, es la hija de la terrorífica Abuela. Todavía no es tan peligrosa como esta, todo hay que decirlo, pero ya apunta maneras. La técnica de la zapatilla voladora ya la domina, por ejemplo. Y tiene la molesta manía de olvidarme fuera de la casa cuando cierra la puerta, dejándome con los perros. Normalmente encuentro algún sitio por el que entrar, pero cuando lo hago no tiene otra ocurrencia que salir fuera conmigo en brazos e inmediatamente volver a entrar... olvidándose otra vez de mí. Así que al final me toca dormir a la intemperie, en algún sitio alto para que los estúpidos perros no me babeen. Por cierto: si el arma de La Abuela es la alpargata, la de la madre de mi humano es la manguera. Terror, puro terror.

Con lo bien que estoy en casa, de verdad... ¡Aunque solo por las carreras que me pego y por los paseos que le hago dar a mi humano ya vale la pena irse de finde!

La Gata Alpargata y el día de juegos

Si hay un día que me gusta particularmente es el día de juegos. Es muy especial, porque, a diferencia de lo que sucede habitualmente, mi humano no se sienta delante del ordenador a escribir, ni desaparece durante largas horas (y a veces días, no sabéis lo que me preocupo), sino que nos pasamos buena parte del día jugando juntos, ¡y con accesorios! Os voy a contar en qué consisten algunos de nuestros juegos.

Primero mi humano saca un palito con largas plumas en un extremo y empieza a moverlo por todas partes para que yo intente atraparlo, lo que normalmente consigo, aunque a veces me hago la remolona para que no pierda siempre, porque se enfada mucho cuando le quito el palo y me lo lleva corriendo. Tiene mal perder. Como complemento del palo utiliza también trozos de tela, pero esos no se los quito porque huelen raro.

Después saca un palo más largo y grande, con un cepillo en su base, y volvemos a jugar a que tengo que atraparlo, pero esta vez por el suelo. Además, como diversión extra hace montoncitos de pelusa en el suelo para que me lance encima de ellos ¡y los desperdigue otra vez! Nos podemos pasar horas así, aunque al final se acaba enfadando también. ¿Os he dicho ya que tiene mal perder?

Hay un tercer tipo de palo que también utiliza, aunque afortunadamente con menos frecuencia que los anteriores, porque este tiene tiras de trapo mojadas que también huelen raro. Aquí mi humano se viene arriba, porque ve que no me fio de ese juguete y evito acercarme, y es él quien me persigue a mí. Pero se lo tolero porque me gusta demasiado el día de juegos, y oye, hay que hacer sacrificios.

Hacemos muchas más cosas en este día tan divertido y emocionante: enciende una máquina grandota con una cosa redonda que da vueltas y hace mucho ruido (puedo pasar un buen rato mirándola, hasta que me mareo), abre cajones y

armarios normalmente cerrados para que me cuele en ellos y explore, aparecen papeles arrugados por todas partes con los que juego y a veces hasta me lanza cosas para que vaya a buscarlas, ¡y un montón más de entretenimientos! Claro, cuando se acaba el día de juegos estamos los dos tan cansados que caemos rendidos. Él antes que yo, por supuesto. Es un blando.

¡Alguien acaba de abrir una lata de atún! ¡Os dejo!

Alpargata y el Día Internacional del Gato.

Tengo entendido que ayer, veintiuno de febrero, fue el Día Internacional del Gato. Bueno, pues tenéis que saber que de eso nada. ¡Todos los días son el Día Internacional del Gato! Así que hoy, que además celebramos mi entrada número diez, voy a dedicar este espacio a contaros cómo es el Día Internacional del Gato o, lo que es lo mismo, un día cualquiera en mi vida. Deberíais sentiros honrados.

Acostumbro a despertarme cuando amanece, porque a diferencia de lo que le pasa a mi humano a mí no se me pegan las sábanas hasta las siete o las ocho de la mañana. ¡Incluso hasta las nueve a veces! ¿Cómo sois tan perezosos? A lo que iba: en el mismo momento en que me despierto acudo corriendo a despertarle, pero el muy vago no solo no me da las gracias sino que a veces incluso se enfada y me encierra en la cocina para echarse a dormir otra vez. ¡No hay derecho!

Más tarde desayuno, y empiezo a acechar a mi humano mientras se hace su leche con cacao y prepara el ordenador para sentarse a escribir. También le llevo la pelota para jugar un poco con él, y después me echo la siesta.

Cuando me despierto desayuno y voy a perseguir un rato a mi humano, salto sobre él y le mordisqueo para incitarle a perseguirme, ¡es tan manejable! Cuando al cabo de un rato se va a la cocina corro tras él para controlar qué es lo que se prepara para comer y tratar de probarlo. Ya sabéis, solo para asegurarme de que no está estropeado. Luego, mientras mi humano se echa la siesta, me dedico a cazar sus pies y a mordisquearlos, aprovechando que está fuera de combate. A veces se enfada, pero es que me lo paso tan bien... Al menos hasta que mi humano se despierta, momento que aprovecho para echarme yo la siesta. Y por supuesto cuando me despierto voy a comer.

Por la tarde, después de que mi humano se marche a lo que él llama trabajar y yo llamo conseguir monedas brillantes para comprarme comida, me asomo un rato a la ventana para cotillear lo que pasa en el barrio. Cuando llevo un rato hago un descanso para echarme la siesta, y luego sigo. Pero claro, al final me aburro, y cuando escucho las llaves voy corriendo a la puerta para ver qué me ha traído mi humano a su regreso. Normalmente se le olvida darme los regalitos y me toca a mí rebuscar entre sus cosas para encontrarlos. A veces son trozos de papel escrito, bolígrafos o paquetes de pañuelos. No son buenos regalos, no cuando podría haberme traído una lata de atún, pero lo que cuenta es la intención. Y para que vea que se lo agradezco y me gustan me esfuerzo por mordisquear a fondo esas cosas. Lo que no sé es por qué se enfada después.

Cuando me canso de morder los regalitos duermo un rato, y después como y me dedico a acechar y saltar sobre mi humano durante un buen rato, hasta que este se enfada y me acaba riñendo. Es más aburrido...

Finalmente se acuesta a dormir, y como yo también estoy cansada después de un día tan agitado (¡y con solo cuatro siestas!), me enroscó en sus pies para descansar también.

Pues ya está, ahora sabéis cómo es mi día a día o, como lo llamo yo, el Día Internacional del Gato. ¡Os dejo, es la hora de mi segunda siesta!

El regreso de Alpargata

Bueno, una semana más vamos con otra de mis apasionantes aventuras.

¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis así?

Ah. Bueno, sí, vale. He faltado a un par de citas, pero...

¿Qué? Ah. Que han sido cincuenta y pico. Ya, es que... es que estaba echando una siesta. Una siesta larga. Se me fue de las manos. Pero podéis abortar el suicidio colectivo, que ya he vuelto. Hasta la próxima siesta, al menos.

Hoy quería hablaros de algo que mis fans han demostrado que tienen a raudales: la paciencia. Es una gran virtud de nosotros, los gatos. La raza superior. Llevamos siglos intentando enseñaros esa virtud a los humanos, pero es que no hay manera. Vamos a ver algunos ejemplos prácticos.

Paciencia es que cuando mi humano se echa la siesta me siente en una silla a mirarlo, muy quieta y callada para que pueda dormirse hasta que empieza a tirar babilla. Es entonces, y solo entonces, cuando doy un triple mortal con tirabuzón para aterrizar sobre su barriga y acto seguido esconderme debajo de la cama. Es cuando él comienza lo que yo llamo la danza del despertar, en la que grita y mueve los brazos invocando yo qué sé qué mientras corre en círculos y echa espuma por la boca.

Paciencia es que cuando viene una visita a mi casa (hogar que comparto generosamente con mi humano, como bien sabéis), le aceche oculta entre las sombras durante un buen rato, siguiéndole y llenándole el corazón de terror cuando, tras sentir movimiento a su espalda, se vuelve solo para ver que allí no hay nadie. Cuando menos se lo espera, cuando está con la guardia baja, salto desde mi escondite (movimiento patentado que he enseñado a los leones de la sabana), me arrojo sobre su pierna y ¡zasca! Mordisco al canto. Me encanta ver los saltos que dan, aunque lo más divertido son los gritos de las hembras humanas, esos “iiiaah” agudos. A la que no se lo hago es a La

Abuela, por supuesto. Entre sus capacidades inhumanas está no sentir dolor, así que la primera (y última) vez que se lo hice, se limitó a mirarme con una sonrisa que me puso la piel de gallina y a quitarse el zapato muy, muy despacio. Tuve que subirme a la lámpara para salvar la vida.

Empiezo a divagar. Esto es culpa de mi humano, lo hace mucho y ya sabéis que todo se pega. Todo menos la hermosura, claro. No todo el mundo puede ser tan adorable como yo. Un último ejemplo sobre la paciencia, y terminamos.

Paciencia NO es que, cuando mordisqueo un poco los libros de mi humano, este me persiga corriendo y aullando cual salvaje por toda la casa. Está visto que entre mis muchísimas virtudes no se encuentra la de ser una buena profesora. No se puede tener todo, qué le vamos a hacer.

La semana que viene volveré con más aventuras, lo prometo. Os pediría que me perdonaseis por tan larga ausencia, pero sé que no es necesario: mi extrema adorabilidad ya se ha encargado de eso. Pero, en una muestra de mi gran generosidad, haremos lo siguiente: cada semana podréis plantearme las preguntas que queráis, y a la semana siguiente responderé a las que me dé la gana (recordad que soy adorable, pero también caprichosa). Eso sí, tenéis que dejar vuestras preguntas en el blog, que luego mi humano se vuelve todavía más idiota buscándolas y recogiéndolas, y necesita las neuronas que le quedan para recordar que ha de alimentarme tres veces al día. A veces cuatro. O cinco.

¡Hasta la semana que viene!

El nuevo amigo de Alpargata

El otro día vino de visita una amiga de mi humano, y trajo a su mascota: un perro. Fue una experiencia un poco rara.

Pero empecemos por el principio. ¿Sabéis eso que dicen de que los gatos y los perros no nos llevamos bien? Bueno, pues es mentira. No es que no nos llevemos bien, es que son, por lo general, demasiado tontos para que consigamos hacerles entender lo que esperamos de ellos. Si ya nos cuesta con los humanos, pues imaginad con un perro. Y como tampoco sirven para comer y se enfadan si los usamos de rascador, pues no les hacemos mucho caso. Eso no les gusta, ellos adoran ser el centro de atención. Todo lo contrario que nosotros, que preferimos pasar desapercibidos y maquinar nuestros planes de dominación mundial desde las sombras.

Os decía que tuvimos una visita. Mi primer contacto con ese perro, de nombre Chocolate (Choco para los amigos) fue un tanto desconcertante. Él entró por la puerta correteando, moviendo la cola como si no hubiese mañana y olisqueándolo todo. Cuando se acercó a olfatear a mi humano me mosqueé, faltaría más, y me dejé ver. Allí estaba yo, magnífica, impresionante, observándolo desde lo alto de una estantería, dejándole ver mi lado más feroz. Él continuó moviendo la cola mientras la lengua le colgaba inerte. Yo era una criatura magnífica, de pelo corto y brillante, oscura como la noche; él un amasijo de greñas y enredones del color de la leche cortada y, además, no era mucho más grande que yo. Me alcé en todo mi esplendor, aparentando ser más grande de lo que era, para impresionarle. Él se lamió el ano. No supe si interpretarlo como que estaba impresionado o no, así que, bastante confusa, decidí sentarme, pero sin dejar de mirar a esa extraña criatura que, de pronto, comenzó a moverse en círculos tratando de morderse la cola. Entonces salté al suelo, y me acerqué. Él se me quedó mirando, se puso a dos patas y empezó a hacer

cabriolas. ¿Ese era el que los humanos han elevado a gran enemigo de nosotros, la raza superior? Enfadada con él, lo abofeteé. Lo interpretó como que quería ser su amiga, y empezó a correr en círculos a mi alrededor.

Total, que ahora tengo un nuevo amigo. Es majo, aunque un poco bobo. He intentado enseñarle algunos trucos, pero de verdad que me desespera. No sabe trepar, es incapaz de saltar para subir a los sitios y, le diga lo que le diga o haga lo que haga, su respuesta es siempre la misma: mover el rabo y correr emocionadísimo en círculos. Pero por lo menos me distrae. Lo más divertido es cuando le dan algo de comer, se lo quito, y se queda mirando el suelo sin entender dónde ha ido su golosina. Es mi pequeño bobo greñudo. Lo único que espero es que nunca tenga que defenderme de un perro más grande, más bruto y más tonto, porque se nos come a los dos.

Recordad que podéis dejarme vuestras preguntas en esta misma entrada del blog. Esta semana tenemos una, de Anita. Pregunta que si es necesario tomar alguna medida para venir a visitarme. Pues bien, Anita, lo cierto es que sí. Hay varias normas que tendrás que cumplir:

1. Traedme una ofrenda en forma de sardinas, atún o gambas. O las tres cosas.
2. No alimentéis a mi humano. Muerde.
3. Prohibido sentarse en mi sitio. Mi sitio es cualquiera que se me antoje en cada momento, así que básicamente podéis sentaros en el suelo.
4. Debéis jugar conmigo hasta que decida que es suficiente y os dé permiso para retiraros. Si os muerdo y os saco los ojos, a eso le llamo jugar. No quiero dramas.

¡La semana que viene más historias y más preguntas!

Alpargata y el regreso de La Abuela

Hola, soy Alpargata, una adorable gata ninja y asesina de color negro, y busco humano. No, no es que le haya hecho nada a mi otro humano, es solo que tengo que escapar de aquí como sea, mientras todavía pueda contarla. ¿Que a qué viene tanto drama? A su regreso, siervos míos: La Abuela ha vuelto. Y, lo que es peor, no lo ha hecho sola.

Fue hace dos días. Todavía tiemblo al recordar los sucesos de tan aciaga tarde. Estaba yo echando la tercera siesta del día mientras mi humano gruñía y pateaba cosas porque no conseguía escribir no sé qué, cuando sonó el timbre de la puerta. Como de costumbre acudí corriendo, porque alguien debe controlar quién entra y quién no entra en casa. Es algo demasiado importante como para dejar que lo haga mi humano, ya sabéis. Este llegó detrás de mí, con sus andares torpes de humano, y preguntó que quién era. En ese momento yo ya lo sabía, pues había podido oler a mi archienemiga, y me encontraba cómodamente sentada sobre la lámpara cuando mi humano abrió la puerta. La mujer entró, cargada de bolsas y bolsos y abrigos y mil cosas más, mirando a todas partes y olfateando, como haría un depredador. Entonces me vio. O me olió. Puede que incluso me percibiese de manera antinatural, tengo mis dudas. Clavó en mí su mirada de abuela depredadora, sonrió y me dijo “Gatita, gatita, a ver lo que haces hoy, que no tenga que quitarme la alpargata”.

Entonces, cuando parecía que las cosas no podían ir a peor, lo fueron. De detrás de la abuela surgió una cosa pequeña y boba que parecía un humano en miniatura y se me quedó mirando. Entonces sonrió estúpidamente, miró a la abuela lleno de emoción, me señaló y echó a correr hacia la lámpara, estirando una mano sucia para tratar de alcanzarme. Casi muero de la impresión.

Esa tarde di a mi vida una nueva perspectiva. Quizás tuviese

algo que ver que me pasé horas allí sentada, en las alturas, observando lo que sucedía en el suelo. O quizás solo fue por el regreso de la abuela y la aparición de ese terrible aliado suyo que juraría que estuvo comiéndose mi comida durante un rato, cuando nadie le veía. El caso es que he decidido que voy a fugarme de este lugar y a buscar un sitio más seguro en el que seguir con mi vida, mis siestas y todo eso. Un lugar sin abuelas ni niños.

Bueno, pues eso: Hola, soy Alpargata, una adorable gata ninja y asesina de color negro, y busco humano. ¿Quieres ser tú mi humano? Prometo dejar que le alimentes cinco veces al día, obligarte a que me rasques cuando me apetezca y permitir gustosa que me adores. ¡Pero nada de abuelas y niños!